

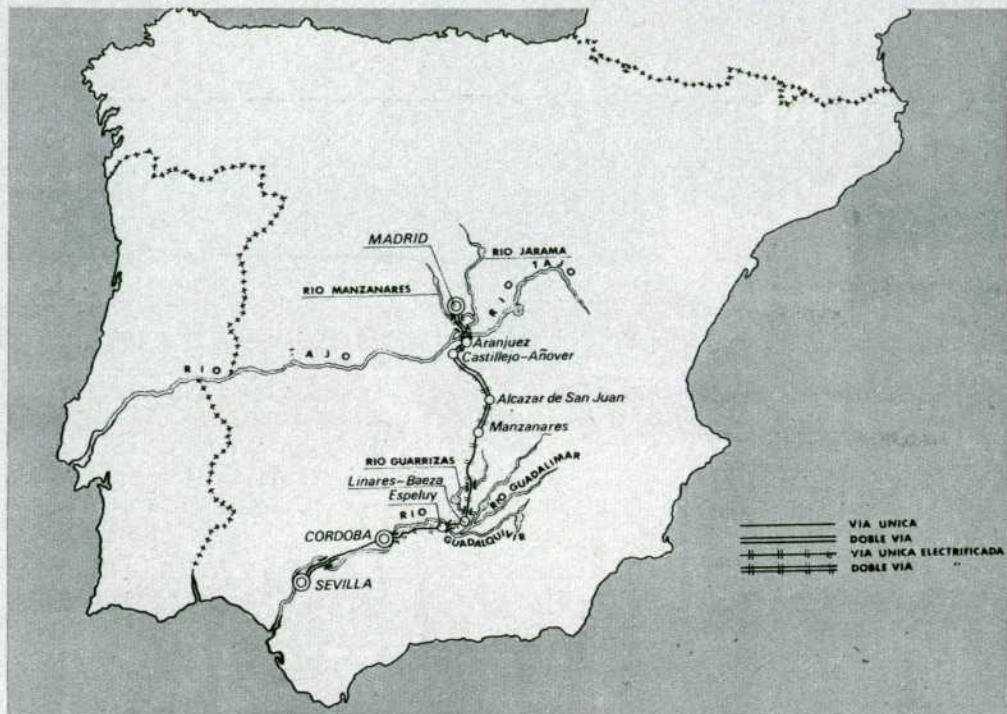


**GEOGRAFÍA
DEL TREN
Y LOS RÍOS**

Un reportaje de
EDUARDO TNERAS
Fotografías: MRM

1. Itinerario **MADRID-SEVILLA**

**EL GUADALQUIVIR
ES EL PADRE DE LA RUTA**



Un río, por insignificante que sea, siempre es un elemento de riqueza. España no se distingue precisamente por la abundancia de sus cauces fluviales.

Salvo siete u ocho ríos respetables, el resto pierde gran parte de su caudal en cuanto llega el verano.

Los aprovechamientos hidroeléctricos, el riego, la configuración orográfica y el régimen de lluvias son los elementos que, como se sabe, determinan el sistema fluvial.

Sin embargo, la transformación que experimenta una comarca con río

—la población arborea, el verdor del suelo, la generosidad agrícola— es generalmente más notoria que la propia importancia del río si estableciéramos una relación proporcional. El río está al comienzo de la civilización (quiero decir la «noción de río»). Los pueblos primitivos se establecieron al lado de los ríos y a través de sus aguas se realizó la formidable empresa de la transmisión cultural, comercial y política.

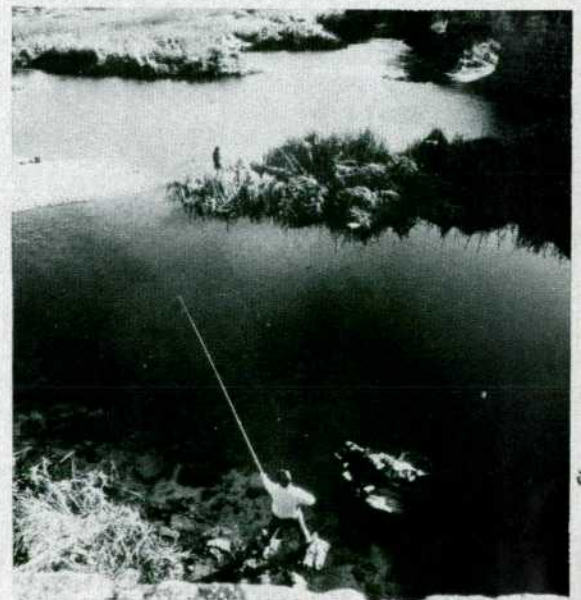
CADA río, como es lógico, tiene personalidad distinta. Hay ríos suaves, anchos y serenos que dulcifican la campiña con sus meandros. Hay ríos montañosos, de torrentera y trucha y aguas cristalinas y frías. Hay ríos que, además de montañosos, son mineros y arrastran tintes ferruginosos que matan la vegetación. Los ríos se tiñen por donde pasan: adquieren el color de la industria que los acecha, el ocre de las tierras arcillosas o el sombrío tono de la sierra con encinas y alcornoques.

El alma del paisaje fluye en el río. O se deseca en el río. Ríos como cloacas y ríos como una «bendición de Dios». Tema de

inspiración poética, generador de riqueza, motivo plástico, el río se parece un poco al ferrocarril. En realidad son dos vías, una fluvial y otra de hierro. Las dos transportan y comunican y hacen que broten en su curso comunidades de toda especie, humanas, vegetales y animales. Con relativa frecuencia las dos vías se cruzan. Existe dinamismo y belleza en la confluencia de un río y un ferrocarril. Los dos corren, los dos se escapan. Viejos amigos que se entrevistan fugazmente. La belleza depende de esta fugacidad y también, claro que sí, de las obras ingenieriles de ese conjunto en el que desempeñan un papel singular los

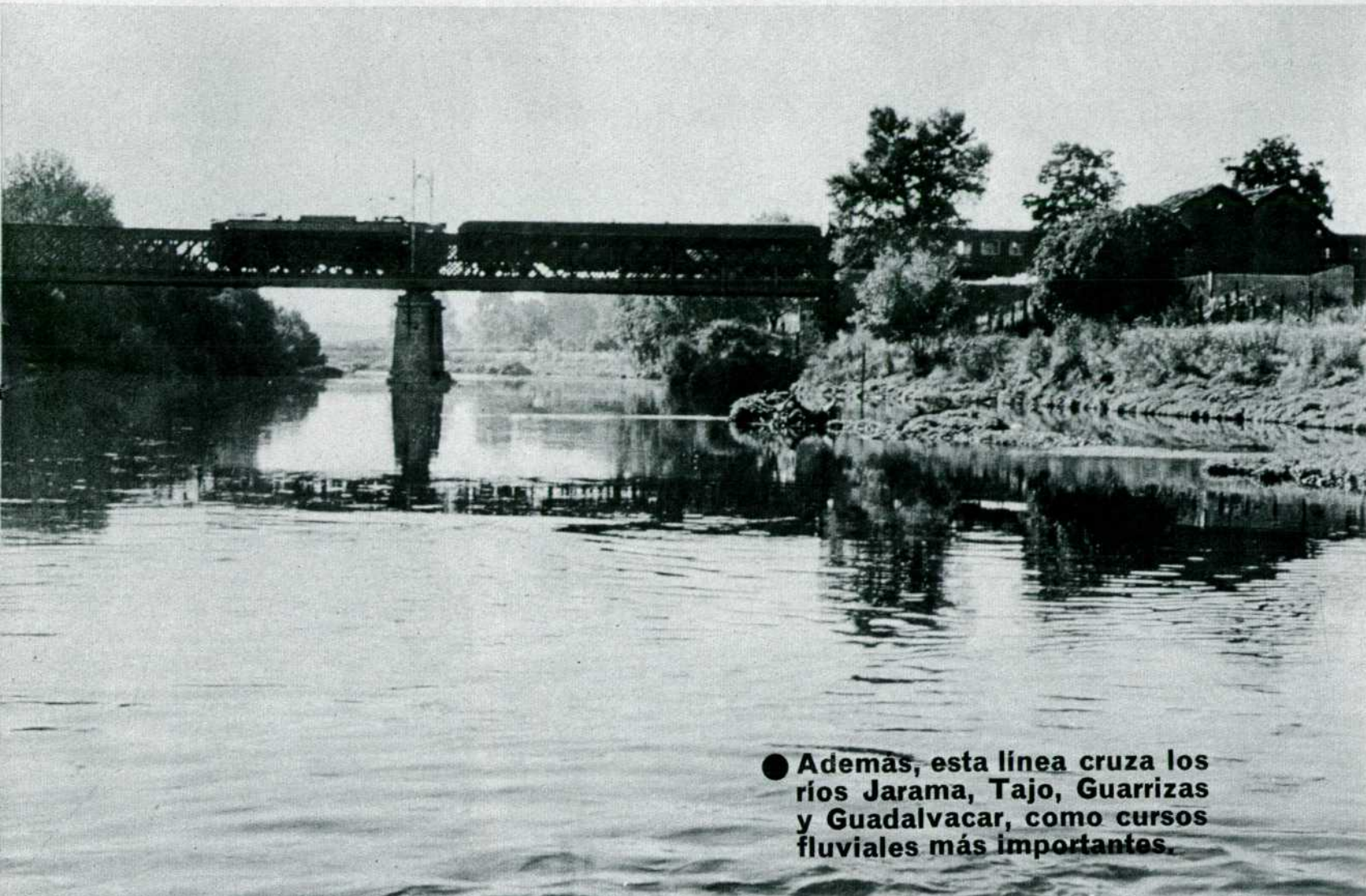


El Jarama, que, junto con el Tajo, origina el celebrado fenómeno vegetal de Aranjuez.



El Tajo se hace imperial por Toledo.

airosos y grandes puentes metálicos —u obras de fábrica— tendidos sobre los alerces, los álamos, las mimosas y las depresiones geológicas.



● Además, esta línea cruza los ríos Jarama, Tajo, Guarrizas y Guadalquivar, como cursos fluviales más importantes.

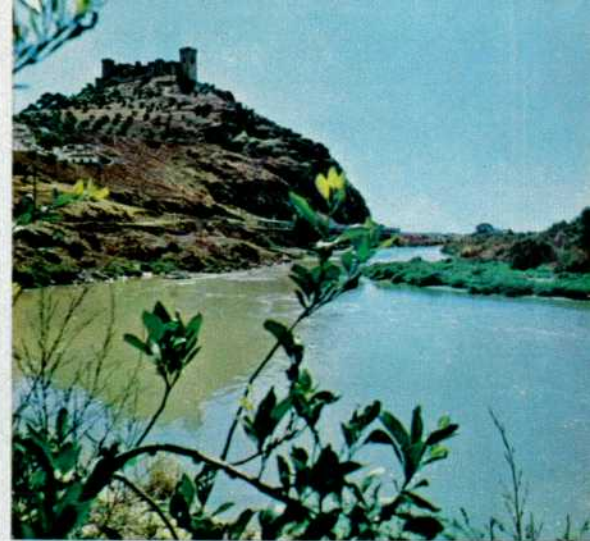


El desfiladero de Sierra Morena, entre impresionantes taludes y escarpaduras y puentes audaces, lo cruzan en múltiples ocasiones el arroyo Despeñaperros y el río Guarrizas, entre otras corrientes menores.

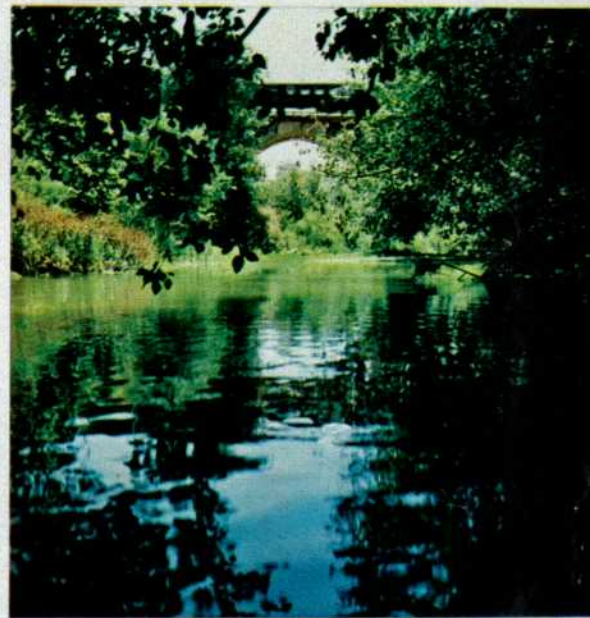
LA INDEFINICION FLUVIAL DE AZORIN

Quando se va en tren, la aparición de un río nunca deja de revestir caracteres sensibles. Vienen los ojos cargados de llanura, de sequía, de roquedales, de ocres y verdes apagados. La primera emoción del viaje ya se ha mitigado. Las revistas yacen en el asiento. El calor abruma y, si se viaja en tren con aire acondicionado, no importa, porque se ve la hierba agostada, el campesino sudoroso, el viento calmo y pesado. Se ve la amarillez violenta del secano. En estas condiciones hace su aparición el río, dura poco, segundos. Ha sido un regalo para la vista.

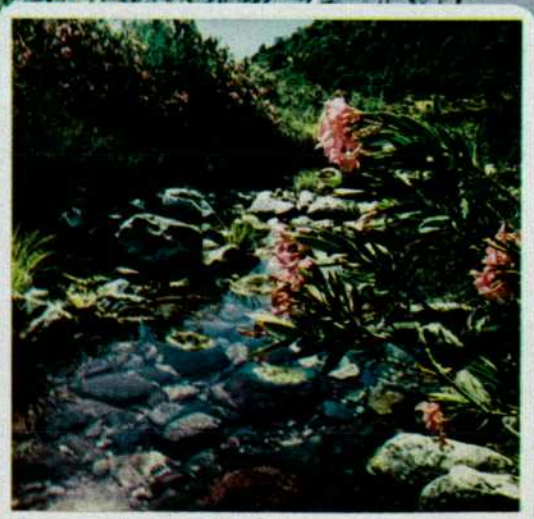
Tras una noche ferroviaria y de deleitarse con la voz plañidera de un mozo de estación que cantó en la amanecida el nombre de Lora del Río, **Azorín** escribió: «El tren corre vertiginoso. Ahora aparece un pedazo de río que hace un corvo y ▶



El Guadiato deja discurrir sus aguas entre naranjos y bajo la vigilancia del castillo árabe de Almodóvar del Río.



Entre El Priorato y Lora del Río, el Guadalvacar, hondo y frondoso.



Las adelfas silvestres acompañan el curso de los ríos montañosos (Despeñaperros).



La esbelta torre amoriscada de Lora del Río.



El Guadalquivir, ya en Sevilla, forma el puente fluvial interior más importante de España. Después le esperan las marismas, los arrozales y los rebaños de toros bravos.



El Guadalquivir, entre Lora del Río y Azanaque.

hondo meandro, bordeado de arbustos que se inclinan sobre las aguas». Interesa retener del párrafo precedente el artículo indeterminado «un». **Azorín** se refiere indeterminadamente a «un río». ¿Pero de qué río se trata? ¿Cuál es su curso? Generalmente no lo sabemos, como tampoco sabemos si el río que viene a continuación es el mismo, otro, o es un afluente del primero.

Al habitante de la ciudad le falta la cultura de los ríos y, a veces, le gustaría conocer algún detalle. Pues bien, estas páginas sobre la confluencia de los cami-

nos de agua y los caminos de hierro se destinan a biografar someramente el breve «suceso» del encuentro.

Se trata de elegir una línea ferroviaria —o una sección, o un trayecto— que por sus características nos permitan transitar sobre los ríos principales, sin perjuicio de anotar cuando convenga otras circunstancias de paisaje o región, ya que el río forma parte natural de un conjunto ecológico donde penetra silbando el tren.

El río arrastra su vida típica —la energía hidroeléctrica, la riqueza piscícola, la fuente de regadío, el barco de cabotaje, el caña-

veral, la huella migratoria de las aves—, y el tren también lleva una vida particular a bordo representativa de los quehaceres industriales humanos. Cuando se cruza el tren con los ríos hay que ver en ello, por tanto, una completa simbiosis de significación superior al pequeño tiempo que tardan en abandonarse mutuamente. Estamos en el trayecto de Madrid a Sevilla, 573 kilómetros, perfil longitudinal inmensamente variado. La altura del carril sobre el nivel del mar es en Madrid de 618 metros. En Sevilla no pasa de 10 metros. La altura máxima del carril es en Almuradiel, con 797,57 metros. ▶





El Guadalquivir, padre fluvial de la ruta, adopta, entre Los Cansinos y Alcolea, su aspecto más espléndido, cuando ya se ha serenado en la dulzura del valle bético.

en el Tajo. Este río de nombre yugulado, **Tag**, hispanoluso, internacional, que forma el gran estuario de la Palha en Lisboa, es el más largo de España, pero nosotros lo perdemos pronto. Serrano por Albarracín, imperial y arcilloso en Toledo, cosmopolita en Lisboa, el Tajo por Aranjuez viste la gala de la jardinería real y acoge el júbilo de excursionistas populares y pescadores de barbos y lucios.

ADELAS Y RIOS DE MONTAÑA EN DESPEÑAPERROS

Campeños sudorosos a la sombra del remolque. Se alternan el amarillo fuerte del cereal segado y el verdor del viñedo maduro. Molinos. Ovejas esquiladas. La vista tiene oportunidad de incurrir en somnolencia frente a la planicie manchega. Corrientes de aguas menores, arroyos **Melgar**, **Molino Mazón**, **Torrentana**, y ríos cangrejeros **Riansares** y **Gigüela** —inadvertidos, insignificantes o secos—. Lo cierto es que desde Aranjuez hasta el puerto de Sierra Morena no hay nada de índole fluvial que valga la pena.

Los perfiles se han accidentado, la vegetación desabrida y oscura, los manchones de olivos en tierra roja indican la aparición de uno de los paisajes más originales de España: el desfiladero de Despeñaperros. Bajo las crestas impresionantes, cruzándose repetidas veces con el tren, están primero el arroyo **Tamujar** —cinco cruces—, el arroyo **Despeñaperros** —nueve cruces— y el río **Guarrizas**, que nos encontramos bajo las ruedas por lo menos tres veces, todo eso entre túneles, gargantas angostas, cimbras y vacíos, preferentemente entre Venta de Cárdenas y Las Correderas, catorce jugosos kilómetros.

La vía férrea, inaugurada en 1866, marcha por el fondo del desfiladero pegada a las pizarras de cuarcita. El Despeñaperros es tributario del Guarrizas. Son aguas de torrentera y erosión. Hay que imaginarse esto en el tiempo de las diligencias, en el siglo XVIII. Las adelfas silvestres acompañan el curso abrupto de estos ríos montañosos escasos de agua en verano. El Guarrizas, más tarde minero por La Carolina, afluye al Guadalén. Los puentes metálicos —algunos con dos tramos de 56,87 y 54,85 metros de luz teórica— exhiben su gran empaque.

EL GUADALIMAR A LA VISTA

El hermoso paisaje de Sierra Morena se completa con Vilches, pueblo blanco encajonado entre dos montes de tierra roja,

PARA EMPEZAR, EL MANZANARES

El primer río por el que atravesamos, poco antes de Villaverde Bajo, es el epigramático y capitalino **Manzanares**. El tren va rápido, los viajeros todavía no se han acomodado y, afortunadamente, nadie repara en este riacho que, en el actual momento y lugar, merece cualquier vilipendio cordial, pues no hay nada más parecido a una cloaca. Agua residual, riberas contaminadas. Sin embargo, el Manzanares es el río más cargado de historia y tradición cultural de todo el país, aparte de que en sus terrazas los arqueólogos han encontrado muestras del primer «habitat» paleolítico. El Manzanares ahora es coherente con el hostil panorama de fábricas y viejos almacenes, sobre los que el tren parece sacudirse el polvo con prisa para enfrentarse ya con otra perspectiva de olivares desperdigados, huertas y montes pedregosos de vegetación rala que hieren la retina del viajero. Árboles aislados de caseríos.

EL «FESTIVAL VERDE» DE ARANJUEZ

El «milagro» de Aranjuez sobreviene demasiado pronto. Un festín vegetal, frutal y

El Guadalquivir, compañero de viaje desde Mengíbar, confluye tres veces con la vía ferrea, e innumerables veces confluyen el arroyo Despeñaperros y el río Guarrizas por las crestas de Sierra Morena.

acuático tras los ásperos cardos de Seseña. Inútil especificar especies. La vista se llena con la magia natural de los alisos, álamos y sauces gigantes, los típicos y tópicos cultivos del fresón y el espárrago, la pera de agua, el manzano, las ciruelas, los canales de riego.

La culpa de todo esto la tienen precisamente dos ríos, uno negruzco e impuro —el **Jarama**— y otro verde y límpido, que es el distendido **Tajo**, sucesivos, poco antes de la estación de Aranjuez. El Jarama, probablemente inmortalizado en la novela del mismo título de Sánchez Ferlosio, enriquecido o quizá mancillado por el Henares y el Manzanares, vierte a tres kilómetros



En toda la extensión del valle del Guadalquivir ha crecido el cultivo del girasol.

geométricamente olivados, con un castillo moruno. Por la izquierda, paralelo a la vía, sin confluencia, ya baja un río considerable. Es el **Guadalimar**, de origen albaceteño, el río «colorao» por los limos granates que arrastra, con escarpaduras de más de cuarenta metros. Desemboca en el Guadalquivir, que es el padre de la ruta y forma el gran valle de su nombre.

VALLE BÉTICO

Cruzamos por primera vez el **Guadalquivir** —**Tartessos** para los fenicios, **Betis** para los romanos, **Uad-el-Kebir** para los árabes, que significa «río grande»— entre Mengíbar y Espeluy, a través de un puente metálico con dos luces de 36,60 metros y tres de 45,20 metros. Su curso total es de 680 kilómetros, desde las sierras de Cazorla (Jaén) a Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). O como dijera Antonio Machado: «¡Oh Guadalquivir! Te vi en Cazorla nacer;/hoy, en Sanlúcar morir./Un borbollón de agua clara,/debajo de un pino verde,/eras tú. ¡Qué bien sonabas!/Como yo, cerca del mar,/río de barro salobre,/sueñas con tu manantial!».

El Genil es su ahijado más importante. El Guadalquivir corre por los estribos de Sierra Morena y cruza repetidas veces la vía férrea, entre Los Cansinos-Alcolea y Lora del Río-Azanaque, dentro del itinerario mar-

Existe una cierta similitud entre estos dos caminos: el fluvial y el de hierro.

cado. De río estrecho y torrencioso en la sierra, se dulcifica y amplía en la campiña bética, donde forma meandros de singular atractivo y crea una vegetación subtropical en la que destacan, aparte de los extensos olivares, los naranjos, los campos de girasol —cultivo extensivo, latifundista y bellísimo—, los bosques de eucaliptos y la delicadeza del ágave emergiendo de la ruda pita, además de un rico muestrario hortofrutícola.

Unas veces junto a la vía bordeada de hinojo, paralelo, o advirtiéndose su curso por el cortejo de árboles en la falla, el Guadalquivir nos acompaña ya hasta el final de la ruta. Tuvo importancia metalífera en la Prehistoria. Antes de la dominación romana, por ejemplo, el Guadalquivir era navegable desde Sanlúcar a la llamada «sierra de la plata», por los alrededores de Linares.

Después de circular sobre el Guadalquivir por primera vez entre Mengíbar y Espeluy, pasamos, sin contar arroyos, el río **Salado**, que es como un tubo de agua. Y siguen el

Guadiato (Almodóvar-Posadas), el **Bembazar** (Hornachuelos-Palma del Río), **Retortillo** (Palma del Río-Peñaflor), **Guadaluacac** (El Priorato-Lora del Río, hondo, naranjero, frondoso), el arruinado arroyo del **Churre** (a la salida de Lora, con ambiente hortelano popular) y el **Carbones** (antes de Guadajoz, muy aparatoso de puente, pero escaso de agua), todos, por supuesto, hijuelos del Guadalquivir. Retrocediendo un poco, a la salida de Almodóvar, hay dos alcantarillas de fábrica sobre los arroyos de la **Tijera** y el **Arroyón**, cuyo exclusivo interés es de orden estético al posibilitar una excepcional perspectiva que incluye la vía férrea, el famoso castillo árabe encaramado de Almodóvar y el caserío del pueblo arracimado en la ladera, aunque también el Guadiato brinda más abajo estas mismas posibilidades.

En los minutos previos a la impaciente arribada sevillana, tras el albero del nudo ferroviario de San Jerónimo, aún el Guadalquivir nos muestra la faz urbana del río que va a convertirse pronto en navegable por las extensas marismas del Sur y a lamer con sus aguas ya grasientas los malecones del único puerto fluvial interior de España. Plaza de Armas, estación de estilo mudéjar, deja adivinar el calor a través de sus vitrales turbiamente coloreados por la última luz de la tarde.